

Dinah Brooke



Lord Jim en casa

Traducción del inglés de Victoria Malet



ALPHA DECAY

I

La casa del acantilado está amueblada con una moqueta *eau de nil* y un escritorio de palisandro. En el jardín hay rododendros y tamarindos. En el comedor hay una mesa ovalada de caoba tan pulida que refleja, como una *camera obscura*, el azul del cielo y el verde apagado del césped. Una suave y borrosa pirámide de luz en la oscura habitación, con olor a carne.

La reina escribe cartas sentada al escritorio de palisandro. Tiene la cara redonda, rosada y amable; el pelo grueso, castaño claro, suavemente ondulado. Sus tobillos también son gruesos. Es menuda, pero viste una capa con un ribete de armiño que le sienta bien y ciñe su cabeza con una corona o tiara. Ha escrito muchas cartas en este escritorio. En una de ellas, dirigida al famoso periódico *The Times*, les pide que le busquen la mejor niñera para el hijo que espera. Solo la mejor de todas las niñeras será lo bastante buena para que este bebé, envuelto en encaje heredado, sea bautizado en la iglesia donde fueron bautizados sus antepasados.

Una niñera de cabellos pelirrojos como llamas, ojos zarcos y rostro impassible viene de otro reino del Norte, donde los príncipes y princesas se han hecho tan mayores que ya no necesitan

sus servicios y la han despedido. Se une a la cocinera, la criada y el jardinero como empleada de la casa. Aquí el único esclavo es el principito. Él es la base necesaria de la estructura, pero no lo sabe. Y la base está abajo.

Para mantenerlo bajo control emplean dos armas: por un lado se satisfacen sus deseos lo suficiente como para evitar una rebelión abierta, y por otro se le infunde miedo.

Se le alimenta, se le limpia y se le empolva con regularidad. «No puedo soportar a un niño que huela mal», le dice la niñera a la criada. Al mes de nacer, con el cuerpo blando y sin vello, desdentado, únicamente vestido con una angelical blusita de nido de abeja, lo pesan después de cada toma de forma precaria en un pequeño recipiente de esmalte. A los siete meses, jadeante, medio ciego, con la boca y la nariz llenas de mierda y el hedor a amoníaco de sus propios pañales, está limpio y a veces seco durante el día.

Se pasa el santo día en la cuna, con los brazos pegados al cuerpo, mirando el techo blanco del cuarto de los niños, o en el cochecito mirando las oscuras hojas de rododendro que se recortan contra el cielo. Por la noche yace solo en la profunda negrura aterciopelada, sin ningún cuerpo vivo a su lado o alrededor, sin ningún corazón latiendo, ninguna respiración, ningún movimiento o voz, tumbado de espaldas y atado para que no pueda girarse y asfixiarse con la almohada de encaje.

Una vez al día, en el salón *eau de nil* donde las visitas toman el té, es trasladado desde los almidonados brazos de su niñera al suave pecho que huele a polvos de su madre, quien, cuando la nodriza se ha ido, le cubre de besos y le deja lamer un terrón de azúcar. «Oh, querida, la niñera se enfadaría, pero es que es tan mono». Luego viene el dolor exquisito, cuando es arrancado de esta tierna dulzura, los dedos aferrándose, el cuerpo arqueado, los gritos de desesperación. Hasta una rata

habría aprendido que un collar de perlas roto y una taza de té volcada significaban que al día siguiente no habría amor, ni azúcar. Al final, el príncipe aprende, pero una rata habría aprendido antes.

En verdad la reina no entiende de disciplina. Dice estar de acuerdo en que no se permita bajar a su hijo a menos que sepa comportarse como es debido, pero durante el día, a veces, cuando la niñera está ocupada con alguna otra cosa, sube sigilosamente las escaleras traseras para arrullar y acariciar al niño echado en la cuna. Se abre la puerta. La cara rosada y el pelo castaño de la reina se vuelven borrosos mientras se aleja rápidamente. Su suave voz se convierte en un quejido culpable. Su presencia se desvanece en la oscura caverna de la puerta abierta. La piel de la niñera absorbe la luz como el mármol. Encarna la mano dura del orden establecido. El deber de la niñera consiste en asegurar la propagación del fariseísmo del sistema. Tiene la posición de una sirvienta, pero su autoridad solo es superada por la del propio rey. Constituye la eminencia gris, y es consciente de su poder.

El miedo es un arma de control. El miedo a las privaciones es útil. La privación de alimentos se nota, pero la privación del afecto y de la presencia de la madre no. El miedo también tiene la ventaja de permitir que todos en la corte vean dónde reside el poder. El miedo al dolor tiene poco valor hasta que el sistema nervioso del bebé está lo bastante desarrollado como para entender lo que es el dolor y de dónde procede. En cambio, el miedo a la oscuridad y a la soledad puede utilizarse casi desde el nacimiento.

Al volver de un banquete la reina escucha ansiosamente los sollozos ahogados y agotados, los gritos, el hipo en el cuarto de los niños. Sube sigilosamente las escaleras, sujetando su

larga falda. Tiene la mano en la puerta. Aparece la niñera con un camisón blanco de franela.

—Ah, querida niñera, lo siento, pensé que podría...

—Al niño no le pasa nada, señora. Si entra ahora solo conseguirá inquietarle.

—Pero...

—El niño tiene que aprender.

—Pero ¿seguro que no han pasado ya las cuatro horas...?

—Debe hacer lo que estime conveniente, señora.

Se vuelve y la puerta se cierra a su espalda. La reina se queda ante el cuarto de los niños retorciéndose las manos. Los gritos y llantos entrecortados continúan. Largos hilos de saliva tiemblan, pegajosos, ya sin humedad. «Estoy aquí, cariño. Soy mamá. No llores, mamá está aquí.» Un susurro tranquilizador al otro lado de la puerta. Al cabo de un rato, los gritos entrecortados se extinguen. El niño duerme. La reina, helada y entumecida, se arrastra escaleras abajo.

—¿Dónde diablos has estado? —pregunta el rey, adormilado en la habitación turquesa y blanca.

—Estoy preocupada por el niño. Llora mucho.

La reina tiene la tersa y suave piel de la frente arrugada por la ansiedad. Es un pequeño acto de rebelión en toda regla.

—Tiene que aprender quién manda aquí —dice el rey, poniéndose el edredón con funda de raso por encima de los hombros y metiéndoselo debajo de la barbilla.

El principito es su enemigo, y está reuniendo fuerzas para sacarle los ojos, cortarle las pelotas y arrebatarle el reino. Soy más grande y más fuerte que tú, piensa el rey, y ganaré.

—No me lo echas en cara, cariño, no es culpa mía, lo hago por tu bien. —La reina sigue retorciéndose las manos, arrodillada ante la horrible figura de su hijo. Se quita la combinación de crepé de China y la deja sobre el respaldo de una silla—. Es una

niñera diplomada, ¿entiendes? Sabe cómo tratar a los niños. Yo solo soy una pobre tonta, cariño, nunca sé lo que tengo que hacer. —Se detiene antes de ponerse el camisón y sonrío a su reflejo en el espejo.

Por la mañana se sorprende al ver lo pequeño que es el príncipe. Su rostro rosado y arrugado, su mirada perdida y sus movimientos convulsos y vacilantes no expresan, pese a todo, una rabia vengativa y acusatoria. Está perfectamente. Todo vuelve a ser normal. Abrazado y besado, con su blusita y sus tirabuzones, no es más que el niño de su mamá, y hoy se está portando muy bien.

Más tarde, el suelo del cuarto de los niños se convierte en el territorio del príncipe. Su capacidad de movimiento ha aumentado, lo que le ha proporcionado la libertad de una jaula. Se sienta en una alfombra de lana de tartán detrás de sus barrotes de madera y espera a ver qué le ofrece el mundo. La alfombra tiene flecos en los extremos, y una mañana se dedica a mordisquear con las encías parte de los flecos hasta convertirlos en hilos húmedos. Al día siguiente, los dos extremos con flecos han sido cuidadosamente cosidos a la alfombra. Príncipe, concéntrate en un osito de peluche y en una muñeca de madera articulada. A lo lejos, más allá de la gran extensión de linóleo verde jaspeado, frente a la chimenea, hay una alfombra confeccionada con tejidos bastos; un bosque, una jungla: negro y beige, rosa y granate.

Ahora la alfombra acapara toda su atención. Quién querría sacudir un sonajero cuando, por un proceso de conocimiento sensual heredado, el príncipe sabe que al menos algunos de esos trapos arrugados y aplastados, los de color beige seguro, los rosa tal vez —¿y los granate? Quizá, habría que experimen-

tarlo para averiguarlo—, si se tira de ellos, se alargarán suavemente, cambiando su naturaleza, volviéndose delgados y altos en lugar de bajos y anchos, y luego, al soltarlos, volverán con un movimiento brusco y repentino a su suavidad original. El principito gime, chilla y se pone de rodillas y se restriega la cabeza. Suavidad y elasticidad y una forma que cambia cuando se tira de ella y se la aprieta, rosa y beige. En las diminutas almohadillas de sus dedos y sus labios existen las sensaciones.

Una vez, estando la niñera ausente, el príncipe, mediante una astuta maniobra de los talones y el trasero, consigue deslizarse la alfombra por el linóleo y empujar el parque tras ella hasta que casi, con la mano estirada a través de los barrotes, toca, agarra con un dedo... ¡ay! ¡Eh! Oh, sí, el dolor se ha convertido en un método de control de lo más útil.

Dolor y humillación. No tanto por los pañales sucios que le aplastan contra la boca y la nariz, sino por los gestos enérgicos e impersonales con los que se le quitan los alfileres de la ropa y se le da la vuelta, y se le limpia. ¿Está limpiando la niñera la mierda del culo del príncipe o de la mesa? Imposible saberlo por su expresión o su voz. ¿Esa sensación es mía?, se pregunta el príncipe. ¿Esa expresión es mía?

El pelo de la sien es anaranjado, y la niñera lo lleva bien remetido dentro de la cofia. Si se lo soltara, formaría una curva redonda y abundante. Aplastado, conserva la impresión fosilizada de un rizo. No puede ser recto. Se retuerce sobre sí mismo.

La niñera es muy competente. El niño siempre está limpio. Lleva las botas blancas bien atadas, sin una sola mancha. Sus calcetines blancos, que asoman un poco por encima de las botas, apenas se le clavan en la piel reluciente. Sus rodillas con